

zon suficiente. Aquel que dijera que ningun otro arquitecto más que el acaso preside á dicho trabajo, diría una palabra vacía de sentido, puesto que el acaso no es una causa positiva, sino una causa negativa, es decir la ausencia de una causa positiva. En efecto, cuando alguien dice que un hecho sucede por casualidad, ese tal entiende que el hecho carece de causa ideal, no tiene virtud coordinadora. Hé aquí por qué está establecido que no existirá razon alguna suficiente de la formación del referido mosaico, durante tanto tiempo como fallen la idea creadora y la virtud coordinadora; y por consiguiente esa formación no fuera ni un milagro, ni un misterio, sino un absurdo manifiesto, porque el principio de la razon suficiente es inviolable y absolutamente cierto.

Es de igual manera una pura mistificación el hablar de la transformación fantástica de los seres, partiendo del ínfimo límite del reino mineral, y elevándose gradualmente hasta alcanzar el límite supremo del reino animal. Mas ¿qué digo, de igual manera? La argumentación es incomparablemente más válida y evidente en el caso de la transformación que en el caso de la fabricación del mosaico. En efecto, en esta última no tenemos más que unas piedrecitas de diferentes colores que cambian solamente de posición, al paso en que en la transformación tenemos unas sustancias completas y vivientes, cuyo orden no consiste en la configuración exterior de las partes, sino en la organización interior. No para ahí todo; hay algo más maravilloso todavía, y es que no se trata de la formación de un cuerpo provisto de un organismo perfecto, constituido en relación íntima con la luz, el calor y todos los demás seres del mundo corpóreo; sino que se trata de la formación de una *semilla* (puesto que toda planta y todo animal proviene de una semilla) dotada de un poder tal, que debe determinar la formación de las especies orgánicas. En una palabra, el paso de una especie á otra, sin la intervención de una idea y de una virtud coordinadora, es un paso que no tiene en sí mismo razon algu-

na suficiente; y que por lo tanto es absurdo, ora cada especie sea producida bajo un designio diferente, ora la especie superior no sea más que una perfección mayor añadida á la especie inferior. Si hago esta reserva, es porque los transformistas suelen apelar á esa *unidad de plan ó de tipo*, y lo oponen al principio de la razon suficiente, aunque, como el ilustre profesor Bianconi lo ha demostrado patentemente, ella no exista más que en su imaginación. Hé aquí porque el transformismo, en lugar de poder ser considerado como un cuento de vieja dos veces niña, como una doctrina de hordas salvajes que se dejan llevar en sus concepciones por su imaginación emancipada de toda ley de la razon...

El transformismo considerado bajo este segundo aspecto, es decir, la opinión de aquellos que admiten la existencia de un alma material creada por Dios é infundida en el cuerpo humano producido por evolución, es absurdo, dado que él admite, sin razon suficiente, el paso de una esencia menos perfecta á una esencia más perfecta. Claro está, en efecto, que desde el punto que se supone la intervención divina, el principio de la razon suficiente no falta más. Nosotros no consideramos imposible que Dios haya preparado, por decirlo así, poco á poco, el cuerpo humano. No está ahí el transformismo ó el paso espontáneo de una especie á otra, puesto que Dios interviene inmediatamente. Pero es más conforme á la razon, y cierto segun los principios de la fé, que Dios por su virtud omnipotente formó el cuerpo del hombre de las sustancias elementales, que despues de haber organizado sus miembros en un tiempo muy corto, creó su alma y la infundió en el cuerpo, no solamente como el principio de la vida intelectual humana, sino juntamente como el principio de la vida vegetativa y sensitiva. La existencia del hombre físico prueba, pues, la existencia de Dios, y nosotros estamos en pleno derecho de decir: «yo existo, luego Dios existe.»

2.º *La inteligencia humana.*—Nosotros debemos, ante

todo, atestiguar como un hecho que no puede ser puesto en duda, que además de las facultades sensitivas orgánicas, y por consiguiente materiales, el hombre se halla dotado de facultades inorgánicas, y por lo mismo inmateriales. Esas facultades son la inteligencia y la voluntad. El objeto adecuado de la inteligencia es lo verdadero; el objeto adecuado de la voluntad es lo bueno. En todo aquello que la inteligencia conoce, domina la verdad de la cual participa; en todos los fines hácia los cuales tiende la voluntad, domina la bondad que encierran en un grado más ó menos elevado. Y como quiera que la verdad es infinita, y la bondad carece de límites, el campo de los conocimientos intelectuales no tiene limitación alguna; y la voluntad puede libremente adherirse á aquellas cosas que participan de la bondad, sin ser arrastrada hácia ellas por una fuerza irresistible...

Una causa que por sí misma es indeterminada, que puede obrar ó dejar de obrar, producir tal efecto más bien que tal otro, requiere un principio que determine su operación y el modo de dicha operación. De otra manera el principio de la razón suficiente fuera quebrantado. El lápiz del dibujante no está determinado en sí mismo á trazar sus rasgos sobre el papel y á trazarlos de tal suerte, que figuren un león más bien que todo otro objeto; y por consiguiente exige la mano del dibujante mismo. El ojo en sí no está determinado á ver un objeto más bien que otro; y para salir de su indeterminación además del objeto requiere la luz. Añádase que en todos estos casos, y nosotros pudiéramos citar muchos otros, nos hallamos obligados á atestiguar que el principio que determina la causa, ó el poder de obrar, al acto ó á la operación, debe necesariamente estar unido á ella á manera de forma que contenga virtualmente el efecto obtenido. Este principio se llama la luz de la razón, la luz intelectual, ó por darle su nombre propio, *el entendimiento agente*.

El *entendimiento agente* se manifiesta en cierto modo como divino, y como quiera que no puede ser la luz de Dios,

la cual es inseparable de la esencia divina y una misma cosa con ella, siguese de ahí que el *entendimiento agente* debe ser una imagen de la inteligencia divina, ó, para servirnos del lenguaje de Santo Tomás de Aquino, la impresión producida por la luz divina sobre la esencia del alma humana. En efecto, nuestra inteligencia, que nosotros llamamos posible, porque pasa del poder al acto, hállase naturalmente sujeta á la influencia y dirección del *entendimiento agente*, así como el ojo físico se halla, por una necesidad física, bajo la dependencia de la luz material en la visión de los objetos.

No hay nadie en el mundo, por más ateo que sea, que no reconozca en los juicios humanos, especulativos ó prácticos, un carácter esencial de acto imperado, de inmutabilidad y universalidad. Es una verdad universalmente admitida que en sus juicios el hombre está tan seguro de la verdad, que declara imposible el encontrar algún otro sér racional que, en el órden especulativo ó práctico, pueda con certeza juzgar de una manera contraria á la suya; y que, aun cuando yerra, procura ocultar su error bajo la verdad de esos mismos juicios. Empero, si dijéramos que el *entendimiento agente* es una luz de la razón individual, la cual no tiene más que una fuerza toda humana y propia, y no divina ó universal, todos los caracteres esenciales de los juicios humanos desaparecen; no hubiera más sentido comun... En resumen, para todos los hombres, la impresión que constituye en nosotros el *entendimiento agente*, tiene un valor, no ya relativo, sino absoluto: ella es la voz de una verdad universal, de una justicia universal, de una bondad universal, la cual, no sólo advierte á cada uno, sino que á todos manda y á todos obliga. Ella es, pues, la voz de aquel que es superior á todas las criaturas racionales: ella no puede ser más que la voz de Dios. Luego nuestra inteligencia, en sus juicios especulativos y prácticos, es un glorioso testimonio de esta verdad: Dios existe.

La luz de nuestra razón, que es el *entendimiento agente*,

es divina; mas ella no es Dios. Es absolutamente necesario considerar á Dios bajo dos conceptos, el uno real, el otro ideal; y como el nombre propio y sustancial de Dios es *el Sér*, el sér tambien debe ser considerado como *SÉR REAL*, y como sér ideal. Y puesto que la idea es el ejemplar (la imagen) de una cosa factible, el sér ideal no puede significar otra cosa que el sér real mismo, en tanto que es el ejemplar, el prototipo de todas las cosas posibles, ó en tanto que en Dios se hallan las ideas arquétipas de todas las cosas. En el lenguaje de santo Tomás, la luz de nuestra razon, ó el entendimiento agente, es una luz derivada de Dios en nuestra inteligencia, ó una imagen impresa en la inteligencia por dicha luz sustancial, en cuyo seno se hallan las ideas arquétipas de todas las cosas.

Esta luz de la razon, dice santo Tomás, en virtud de la cual los primeros principios del sentido comun se nos hacen manifiestos, es infundida por Dios en nosotros; es como una imagen de la verdad increada que se refleja en nosotros. Y como quiera que la doctrina humana, en todos sus alcances y bajo todas sus formas, no puede sacar su eficacia de otra parte que de la virtud de esta misma luz, resulta de ahí que es Dios solo quien, interior y principalmente, nos enseña toda verdad. Hé aquí en qué sentido muy verdadero puede decirse que el Verbo divino ilumina á toda alma que viene al mundo.

La doctrina católica sobre el hombre.—La verdadera definicion del hombre es *animal racional*. Esta es definicion esencial, porque espresa su género, *animal*, y su diferencia próxima, *racional*; ella se aplica al hombre y no se aplica más que á él.

Por lo mismo que es animal racional, el hombre tiene una vida *intelectiva*. Esta vida intelectiva *tiene su principio*, y este principio no puede ser un poder orgánico, puesto que sus actos son inmateriales. El no puede ser por consiguiente ni una materia organizada, ni un cuerpo viviente, ni una parte de un cuerpo viviente. El es, pues, inmaterial, sustancial y subsistente en sí mismo.

teniendo sus operaciones propiamente suyas. Su nombre propio es: *alma intelectiva*.

Esta alma intelectiva es la forma sustancial del cuerpo humano. *La forma sustancial* de un cuerpo, en general, es el acto principal ó el principio que lo constituye en su sér sustancial de cuerpo. En el hombre, el alma intelectiva es la forma sustancial del cuerpo humano. De hecho en el hombre, lo mismo que en la planta y en el animal, hay, pero en mayor perfeccion, el alma vegetativa, el principio por el cual se operan (*principium quo*) la nutricion, el crecimiento y la generacion: hay el alma sensitiva, principio por el cual (*principium quo*) se opera la percepcion, por los sentidos exteriores, por el sentimiento interior y por la imaginacion ó la fantasía. Mas del mismo modo que en el animal, la vida vegetativa y la vida sensitiva son esencialmente una y constituyen la forma sustancial del cuerpo, ó el principio (*principium quo*) de sus actos, así tambien en el hombre, el principio de la vida intelectiva es esencialmente la misma que el principio de la vida sensitiva y que el principio de la vida vegetativa. Por consiguiente el alma intelectiva es, en su esencia, la forma sustancial del cuerpo humano. Es decir: 1.º que en el hombre no hay más que una sola alma, y que esta alma es aquella que decimos que es el principio de la vida intelectiva, y esta alma es una sustancia; 2.º que las operaciones de la vida vegetativa humana derivan del compuesto, cuerpo y alma intelectiva, ó de la materia informada por el alma intelectiva, como de un principio único; 3.º que las operaciones de la vida sensitiva humana emanan igualmente de dicho compuesto ó de la materia informada por la misma alma intelectiva, como de un principio único; 4.º que no sucede así respecto de las operaciones de la vida intelectiva, las cuales germinan por la sola alma intelectiva, sin que la materia informada por ella tome parte en ellas como co-principio; 5.º que en el hombre no existe otra forma sustancial que el alma intelectiva, la cual contiene

virtualmente las formas inferiores, sensitiva, vegetativa y material. De suerte que en el hombre no existe más que una sola alma, el alma intelectiva, sustancia inmaterial que ejerce las funciones á la vez de alma sensitiva y de alma vegetativa, y que es la forma sustancial del cuerpo, es decir, el *principium quo*, por el cual nosotros somos, vivimos, sentimos y comprendemos.

La union del alma con el cuerpo no es solamente la que puede existir entre dos sustancias ó naturalezas distintas. El cuerpo y el alma unidos no forman más que una sola naturaleza, como la potencia y su acto, como la materia y la forma; es un solo y mismo sér. Su union es inmediata y universal. El alma se halla toda en el cuerpo y toda en cada una de sus partes; es un simple corolario del dogma capital que ella es la forma sustancial del cuerpo. Ella se halla presente en todas y en cada una de las partes, inmediatamente por la totalidad de su esencia, mas no por la totalidad de su potencia, que ejerce diversamente por los diferentes órganos; ella ve por el ojo, oye por la oreja, etc., etc.

El Concilio ecuménico de Viena, celebrado en 1311, bajo el Papa Clemente V, formuló el decreto siguiente: «Toda doctrina ó tesis que negare temerariamente ó pusiere en duda que la sustancia del alma racional ó intelectiva sea verdaderamente y por sí misma la forma del cuerpo humano, con la aprobacion del santo Concilio. Nos la reprobamos como errónea y enemiga de la fé católica. A fin de que la sincera verdad de la fé sea de todos conocida, y sea cerrada toda puerta á todos los errores, Nos declaramos que cualquiera que osare afirmar, defender ó profesar que el alma racional ó intelectiva no es la forma del cuerpo por sí misma ó esencialmente, debe ser considerado como hereje.»

El Concilio ecuménico de Letran, bajo Leon X, formuló el decreto siguiente: «Atendido que, en nuestros dias, el sembrador de cizaña, el antiguo enemigo del género humano ha osado sembrar en el campo del Señor y hacer

germinar algunos de los perniciosísimos errores, siempre rechazados por los fieles, sobre todo acerca la naturaleza del alma racional, á saber, que ella es mortal, ó una en todos los hombres, y afirmando algunos temerariamente que tales proposiciones son verdaderas, al menos segun la filosofía; deseando emplear contra esa peste algunos remedios oportunos, mediante la aprobacion del santo Concilio. Nos condenamos y reprobamos á todos aquellos que afirman que el alma intelectiva es mortal y que es una en todos los hombres, como igualmente á todos aquellos que manifestaren alguna duda respecto de que el alma intelectiva sea, no solamente en verdad por sí misma y esencialmente la forma del cuerpo humano, segun es declarado en el cánón formulado por nuestro predecesor de feliz memoria, Clemente V, en el Concilio general de Viena; sino como inmortal y múltiple ó multiplicable y multiplicada individualmente para cada uno de los cuerpos en los cuales está infundida. Nos declaramos falsa toda asercion contraria á la verdad iluminativa de la fé; y para que no pueda más dogmatizarse. Nos ordenamos estrictamente que todos aquellos que enseñaren errores de ese género, y profesaren esas muy condenables herejias, sean considerados en todo como herejes, detestables, abominables, que mancillan la verdadera fé, y á los cuales es preciso evitar y castigar.»

En su carta el arzobispo de Colonia del 18 de junio de 1858, Pio IX, al condenar á Gunther, decía: «Nos sabemos que en su libro ofende los sentimientos y la doctrina católica relativamente al hombre, que debe estar constituido de tal suerte por su cuerpo y alma, que el alma, y el alma sola racional, sea por sí misma la verdadera ó inmediata forma del cuerpo.»

En otra carta del 27 de abril de 1869, al obispo de Varsovia, Pio IX declara contra Baltzer II que «la doctrina que señala en el hombre un principio de vida, el alma racional, de la cual el cuerpo recibe, con la razon, el movimiento, toda vida y todo sentimiento, muy comun en la

Iglesia, y enseñada por la mayor parte de los doctores, sobre todo por los más eminentes de ellos, hállase de tal manera ligada con el dogma católico, que ella es su interpretación más legítima, la única verdadera; y por consiguiente no puede ser negada sin error en la fé.»

Menester es, pues, que la fisiología católica admita como definidas por la Iglesia las verdades siguientes:

1.° La sustancia del alma racional es la forma del cuerpo humano;

2.° El alma racional es la forma del cuerpo verdadera y absolutamente, no aparente, equivalente ó empíricamente; ella es la forma del cuerpo para él y por sí misma, y no por el intermedio de sus actos; ella lo es esencialmente; ella no es una en todos los hombres; ella es propia de cada uno de los cuerpos en los cuales está infundida; ella es inmortal; ella no puede tener su origen y principio más que en una creación inmediata de Dios; cada hombre recibe de Dios su alma intelectiva propia; esta alma es creada en el momento en que es infundida en el cuerpo, es decir, al fin de lo que constituye la generación humana.

Aquellos de nuestros lectores que desearan completar las doctrinas siguientes, podrán consultar con fruto las lecciones de filosofía escolástica del R. P. Cornoldi de la Compañía de Jesús.—In-12, XXXIV-720 páginas. Ferrara 1875. Una edición francesa, en vias de impresion, será pronto puesta en venta, en casa de Lethuilleux, calle Cassette, núm. 4.

Séame permitido añadir aquí que el alma intelectiva humana se halla constituida en su fondo y en sus actos por tres cosas: 1.° una primera idea que contiene virtualmente todas sus ideas, la *idea del sér*; 2.° una primera voluntad que contiene virtualmente todas sus voluntades, la voluntad de poseer el sér, de unirse al sér, la voluntad ó el deseo de la bienaventuranza; 3.° un primer sentimiento, una primera sensación que contiene la realidad de todos sus sentimientos y de todas sus sensaciones, el senti-

miento, la sensación de su cuerpo del cual ella es la forma sustancial.

4.° *La voluntad humana*.—Los actos de la voluntad humana son de dos especies: espontáneos ó impuestos. El acto espontáneo es aquel que nace inmediatamente de la voluntad humana, y que en esa voluntad, que es su sujeto, hállase en el estado de modificación accidental. El acto impenado no surge inmediatamente de la voluntad y no es un accidente de ella; sino que es el acto de un poder naturalmente sujeto á la voluntad y producido bajo la influencia de la voluntad... Un solo y mismo sér tiene diversas denominaciones, segun que se refiera á la inteligencia ó á la voluntad. El sér en tanto que él es el objeto propio de la inteligencia se apellida lo verdadero, en tanto que es el objeto de la voluntad se denomina lo bueno. Este bueno deberá llamarse el objeto adecuado de la voluntad humana, cuando llene tan perfectamente sus deseos, que no aspire ya á otro bien cualquiera: todo bien que no la tranquilice, que no la satisfaga enteramente, es solamente su objeto inadecuado... La plena satisfaccion de la voluntad llámase *felicidad subjetiva*, y llámase *felicidad objetiva* el objeto capaz de procurar tal satisfaccion;... lo cual, en el curso material, apellidase el *término*, y en el curso metafórico apellidase el *fin*. Empero, así como en el curso material hay un término próximo y un término lejano, así tambien en el curso metafórico de la voluntad hay un fin próximo y un fin lejano ó último... Todos los actos de la voluntad se reducen al amor, de suerte que todos ellos no son en definitiva más que el amor considerado bajo diversos aspectos... El amor de un bien lejano llámase el *deseo*; el sentimiento de poderlo alcanzar es la *esperanza*; la incertidumbre de poderlo poseer el *temor*; la certidumbre de no poderlo poseer la *desesperacion*; el sentimiento de su posesion la *complacencia*; la satisfaccion ocasionada por esa posesion el *gozo*.

Que tenemos una tendencia invencible á buscar la satisfaccion de nuestra voluntad, es cosa tan cierta y eviden-

té, que fuera completamente ocioso el tratar de demostrarlo... Dicha tendencia es natural y necesaria. Lo natural es aquí lo opuesto á lo violento; lo natural es lo que procede de un principio interior á aquel que obra; lo violento es lo que procede de un principio exterior. Lo necesario es lo opuesto á lo libre. Lo libre es lo que depende de nuestra eleccion, y nosotros lo hacemos, sea cuando nos es agradable, sea cuando nos es desagradable el hacerlo. Que la tendencia de que hablamos es natural, eso nosotros lo sabemos, lo sentimos sin dificultad, por poco que nos escudriñemos á nosotros mismos. De hecho, si penetramos en el interior de nuestra conciencia, atestigüamos, desde luego, que la tendencia á la satisfaccion de nuestra voluntad dimana propiamente de nosotros, y que nosotros no estamos impelidos á ello por alguna fuerza exterior. En realidad, nosotros no somos libres de aspirar ó dejar de aspirar á la satisfaccion de nuestras voluntades; nosotros propendemos á ello invenciblemente... La tendencia natural y necesaria á la felicidad en nada puede disminuir la libertad humana: ella tiene por el contrario su verdadera razon de ser, y el hombre no seria libre como es, si en todas sus operaciones no ejerciera en cierto modo esa tendencia á ser feliz. Puesto que la capacidad de la voluntad ó del corazon es tan grande como la de la inteligencia ó del espíritu; y puesto que la inteligencia no queda en manera alguna agotada por la adquisicion del uno ó del otro verdadero, sino que para la satisfaccion seria menester la verdad infinita, tampoco nuestro corazon puede quedar satisfecho en todos sus deseos más que por la posesion del Sér infinito. A ese bien infinito es, pues, al que tiende natural y necesariamente la voluntad... Si él se le ofrece en su belleza suprema, ella lo abrazará con el amor natural y necesario que es la esencia de su sér.

La razon, la experiencia y el corazon nos dicen, á pesar nuestro, de mil maneras, que ningún bien finito puede ofrecernos una dicha perfecta, la satisfaccion entera

de nuestra voluntad. Preciso es, pues, para satisfacer nuestra tendencia natural y necesaria á la felicidad, un objeto cuya posesion llene enteramente todos los deseos de la voluntad y la satisfaga absolutamente; en el cual ella se apoye, como en su bien adecuado, confiada y tranquila. Mas si el hombre, como vemos, como sentimos, tiende esencialmente por sus dos facultades superiores hácia el bien infinito, ese bien infinito debe existir. Y á ese bien infinito ¿cómo lo llamaremos? Por su nombre propio: es Dios. Luego Dios existe.

5.º *La sociabilidad humana.*—Bajo cualquier aspecto que consideremos al hombre, él se ostenta á nuestros ojos como un sér finito y destinado por la naturaleza para la sociedad. El ser del hombre es á la vez físico y moral. El primero le es comun con el bruto; el segundo es propio del hombre. Mas la naturaleza ha hecho en cierto modo á los brutos, á fin de que estos no tengan necesidad de sociedad, que puedan existir y vivir por sí mismos desde que han alcanzado su desarrollo. El hombre, por el contrario, es de un temperamento tal, que durante un período muy largo de su vida, la infancia, la adolescencia, la vejez, y en un sinnúmero de circunstancias de su vida, se halla en la imposibilidad absoluta de gobernarse por sí solo sin el concurso de otro. Y si consideramos el órden moral, la vida del hombre consiste en el ejercicio de sus facultades intelectuales por las que conoce lo verdadero y lo justo, y se rige en la práctica en conformidad con la verdad y la justicia. Ahora bien, fuera de la sociedad, el hombre tendria solamente en facultad ó en potencia la palabra articulada que no pertenece propiamente más que á él, facultad eminentemente social, porque sólo en la sociedad es donde se aprende á hablar. Pues bien, ¿quién no sabe que, sin el uso de la palabra, y fuera de la sociedad, el hombre no adquiere, ó adquiere con gran trabajo, el uso de la razon?... Y si del ser pasamos al bienestar, á esa perfeccion hácia la cual la naturaleza tiende en todas sus obras, es evidente que, fuera

de la sociedad, el hombre no puede alcanzar dicha perfección. Y si por su naturaleza el hombre es esencialmente social, es precisamente porque la naturaleza lo ha hecho para el bienestar. Y como quiera que la fuerza de la naturaleza es sobremanera eficaz, ha sucedido que en todas partes y siempre los hombres han vivido en sociedad. Este hecho universal y constante bastará por sí solo para demostrar que la sociabilidad del hombre no deriva de su libre albedrío, sino que es una ley inflexible de la naturaleza... Esta misma naturaleza que quiere que el hombre viva en sociedad, quiere todavía que el orden se mantenga en la sociedad; dado que, á no ser así, preciso fuera decir que la naturaleza quiere y no quiere al mismo tiempo la sociedad; puesto que ella no quisiera el orden sin el cual la sociedad no puede subsistir... Para que él mantenga eficazmente el orden, es menester que el poder ordenador de la sociedad sea á la vez legislador, ejecutor y vengador. No hablemos más que del legislador. El poder legislador ¿pudiera acaso ejercerse, si Dios no existiera? Ó bien ¿puede existir ley alguna sin Dios? El simple buen sentido, ó sentido humano, dice por boca de Ciceron: «Una ley primera apta para gobernar y para defender no puede ser más que la razon del soberano Júpiter.» (*De Legibus*, lib. III); como la fé dice por boca de san Pablo: «Toda potestad es de Dios...» (*Epístola á los Romanos*, cap. xiii, 1.) La virtud de la ley consiste en obligar la conciencia de los súbditos de tal suerte, que ellos cometan una falta al quebrantarla. Empero, la noción de falta es absurda, si no se admite la existencia de Dios; un hombre no puede estar obligado, en su propia conciencia, por otro hombre, sino en el caso de que éste participe de la autoridad divina, y venga á ser, en cierta manera y dentro límites determinados, el representante de Dios mismo... La autoridad ordenadora de la sociedad exige, pues, la existencia de Dios... Es más evidente que la luz del día que una multitud de hombres sin Dios sería una manada de fieras, arrastradas por sus brutales instintos á desgarrarse

mútuamente. Y los hombres son tanto más peligrosos, atendido que, naturalmente sin medio de defensa, tienen la razon enteramente dispuesta á enseñarles el modo de forjarse armas homicidas, de poner en juego la astucia, la mentira y la traicion... Por el contrario, la creencia de un pueblo en el verdadero Dios y la fidelidad á la religion que es su consecuencia, vienen á ser el lazo entre todos, y este lazo es tanto más robusto, en cuanto todas las almas y todos los corazones se hallan unidos en la tendencia armoniosa de los medios al fin, el bienestar comun, que es el objeto esencial de la sociedad... Así, el estudio de la historia de los pueblos demuestra que, á medida que la creencia en Dios disminuye, las causas de los males públicos se agravan y los peligros que amenazan á la sociedad se vuelven más alarmantes... La naturaleza es la maestra de la verdad; el ateo mismo lo confiesa. Ahora bien, ¿qué nos enseña la naturaleza? que el hombre está naturalmente creado para la sociedad, que la sociedad es para el hombre el voto y el fin de la naturaleza. Empero, la sociedad, tal como la entiende la naturaleza, es imposible sin Dios; luego la naturaleza misma nos enseña que Dios existe. En todas partes el ateo hállase reducido á esta alternativa rigurosa, evidente: ó á admitir que Dios existe, ó á decir contradiciéndose á sí mismo, que la naturaleza es loca, mentirosa y falaz.

6.° *La creencia universal del género humano.*—En todas partes y siempre encontramos al hombre, y al hombre solo en relaciones estrechas con Dios. Encontramos á Dios en su espíritu, á Dios en su corazon, á Dios en su lenguaje y á Dios en su culto. ¿Será porque el género humano, en todas partes y siempre, ha vivido en un estado de demencia semejante al pobre loco que pasa su vida en su celda en conversacion apasionada con una persona que no existe en parte alguna más que en su imaginacion? Es un hecho constante y universal que el género humano todo entero ha creído en un Dios eterno, criador y conservador del universo, y juez supremo de las acciones

humanas. Pues bien, lo repetimos, ¿fuera posible, que ese consentimiento unánime de los pueblos pudiera acaso subsistir, si Dios no existiese? No, ciertamente... Si Dios no existe, la religión cristiana es una superstición, una mentira, un atentado á la libertad moral, un suplicio del hombre, cuyos pensamientos obliga á menudo á sacrificar, y cuyos afectos obliga á menudo á reprimir. Si se nos objetara que en todas partes y siempre, fuera del cristianismo y del judaismo, el conocimiento del verdadero Dios se ha encontrado mezclado con las supersticiones más diversas y extrañas; la causa de esas divergencias y locuras no es difícil de adivinar. Esta aparece patente y poderosa en la disolución de las costumbres á la cual se entregaban fatalmente los pueblos destituidos de las luces de la revelación, y que les arrastraba á crearse divinidades que les libertaran de la vergüenza á la cual sus pasiones brutales les condenaban. Hé aquí cómo y por qué ellos se forjaban, ora unos dioses modelos y protectores del vicio, ora unos dioses sin ciencia y sin poder, que no podían conocer ni castigar sus crímenes.... Por el contrario, es imposible encontrar en las malas inclinaciones del corazón humano la razón de un verdadero monoteísmo; porque la noción de un Dios sapientísimo, omnipotente, que ve todas las acciones del hombre, que lee los pensamientos de su espíritu, que escudriña los afectos del corazón, que todo lo pesa, todo lo juzga, así aquello que tiene derecho á una recompensa, como aquello que merece una condenación, constituye la fuerza de la conciencia que amenaza á aquel que se siente tentado á obrar mal, y el remordimiento que tortura á aquel que ha pecado... Mas, dícese, la ignorancia y no el uso de la razón es lo que engendra la creencia en Dios; y la misión de la moderna ciencia es el desarraigar dicha creencia del entendimiento del hombre civilizado. Si eso fuera cierto, debíanse poder hacer constar dos grandes hechos: el primero, que los más sabios de los filósofos antiguos debieron ser los más acérrimos defensores del

ateísmo, los más ajenos por lo tanto al conocimiento de un Dios inmaterial y personal; el segundo, que la ciencia moderna hubiese encontrado pruebas invencibles de que Dios no existe. Ahora bien, esos dos hechos no pasan de quimeras. En efecto, por lo que toca al primero, sabemos que los más grandes filósofos, los sabios más renombrados de la antigüedad son aquellos que nos han dejado las nociones más sublimes de un Dios inmaterial y personal. En los tiempos más cercanos á nosotros, en las sectas ó en los lugares en que la filosofía fué más cultivada, no encontramos filósofos verdaderamente ateos; y si algunos han tenido la osadía de creerse ó llamarse ateos no es de ningún modo porque pretendieran haber demostrado que Dios no existe; sino porque no querían ocuparse de Dios, y lo dejaban á un lado en sus estudios filosóficos. Lo que es hijo de la ignorancia es el ateísmo y no el conocimiento de Dios. En cuanto al segundo hecho, hemos probado sobradamente que la ciencia y los sabios son más bien los auxiliares que los enemigos de la fé, y que en sus pretendidas demostraciones, ó más bien aspiraciones de ateísmo, no hay en realidad un solo argumento digno de atención, sino solamente charlatanismo, sofismas, desnaturalización de los hechos, violaciones hechas de mala fe contra la ciencia para obligarla á proclamarse atea; de suerte que, en definitiva, la impotencia de la lucha contra Dios es una confirmación esplendorosa de su existencia. ¿Qué elocuencia en esas conclusiones de M. de Quatrefages! (*La especie humana*, Germer-Baillière, 1877, página 355): «Yo he buscado el ateísmo en las razas humanas más inferiores, lo mismo que en las más elevadas. En parte alguna lo he encontrado, como no sea en el estado individual, ó en el de las escuelas más ó menos circunscritas, conforme se vió en Europa en el siglo último. El ateísmo no existe en parte alguna más que en el estado errático. En todas partes y siempre, la masa de las poblaciones se ha sustraído á él; en ninguna parte, ni una de las grandes razas humanas, ni siquiera una fracción algo importante de las mismas es atea.»

FIN DE LOS APÉNDICES DEL TOMO III.